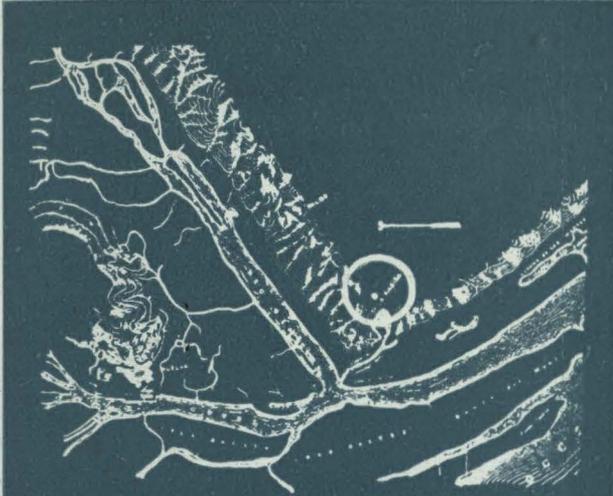


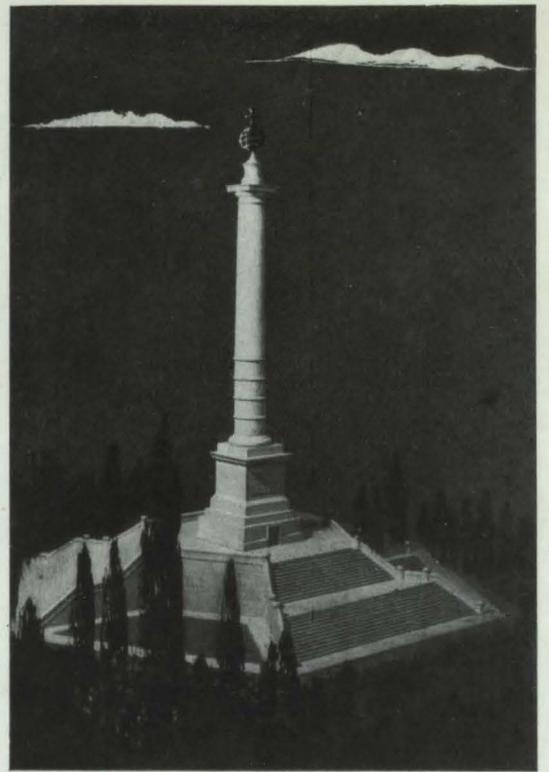
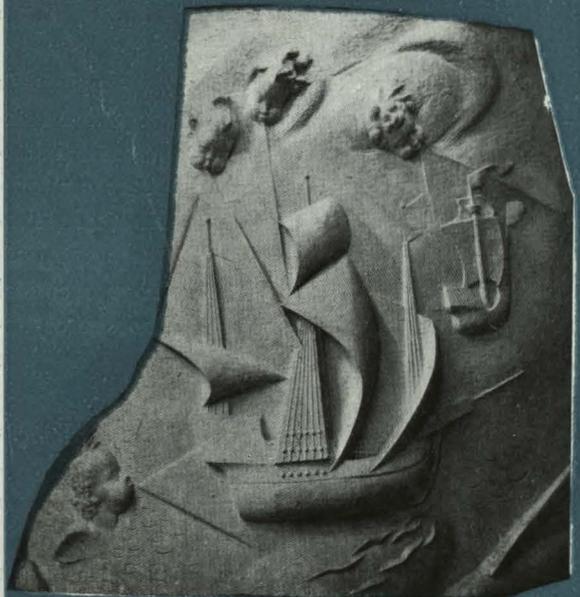
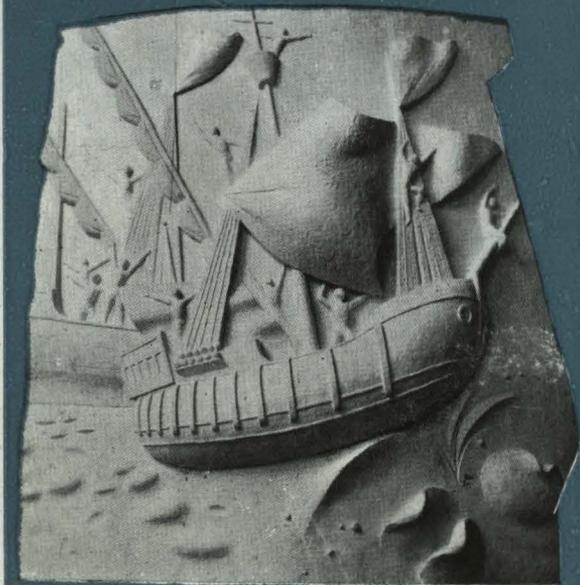
Proyecto de reforma del Monumento a Colón en la Rábida

Arquitecto: Luis M. Feduchi
Escultor: Angel Ferrant



Planta de situación del monumento.

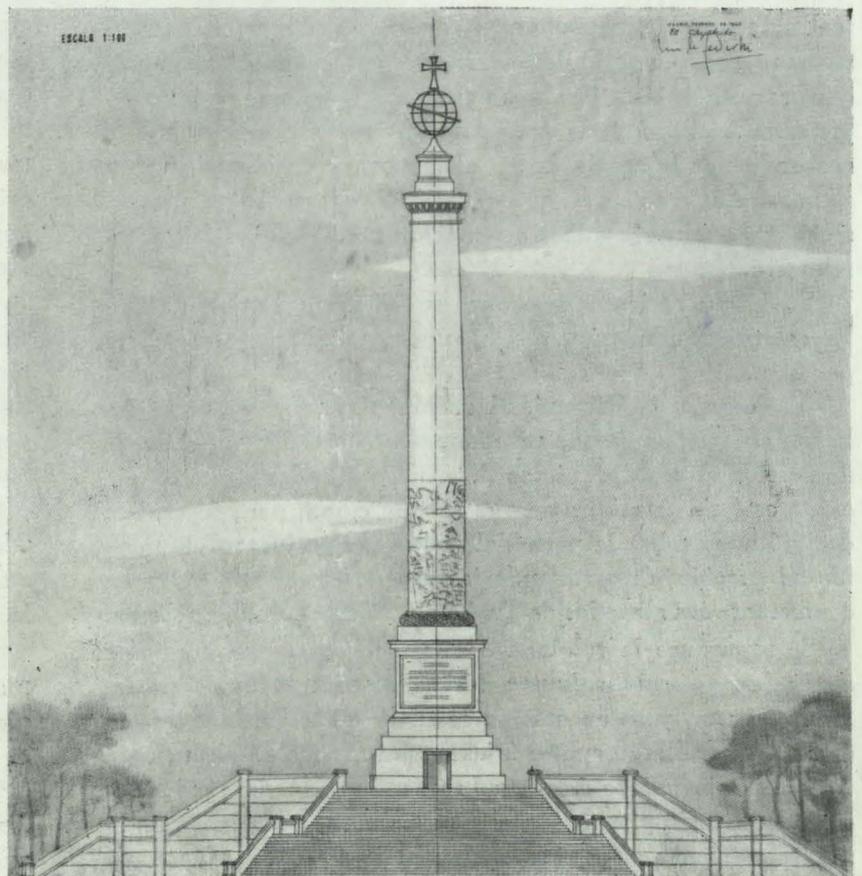
Detalle de las carabelas del Descubrimiento.



Maqueta del monumento.

Con ocasión del IV Centenario del descubrimiento de América, fué erigido en terreno próximo al Monasterio de La Rábida, y en el lugar más elevado de la punta de tierra que avanza sobre la desembocadura del río Tinto, un monumento que perpetuase en el histórico lugar la gloriosa gesta. Los terrenos fueron cedidos por el duque de Alba y la duquesa de Tamames, y el monumento realizado por el ilustre arquitecto don Ricardo Velázquez.

Fachada principal.





El monumento consistía en una columna sobre un gran pedestal, y éste, a su vez, sobre una plataforma de grandes proporciones, con tres escalinatas de acceso; la elevación total del conjunto es superior a los sesenta metros.

La obra no llegó a terminarse, y su decoración escultórica realizada provisionalmente en escayola para los actos del centenario, fué a través de los años destruyéndose, hasta no quedar resto de ella. Por otra parte, el monumento en sí, completamente abandonado y sin rematar, se ha resquebrajado y agrietado por la acción de los elementos, y en el suelo yacen algunos pilares de las cornisas y salientes del pedestal; puerta, escalera de caracol, voladizo y muchos otros detalles faltan totalmente.

En varias recientes ocasiones se iniciaron gestiones, bien para terminar el monumento, bien para derribarlo y sustituirlo por otro.

El Consejo de Hispanidad decidió terminar con el hecho lamentable de no existir un monumento a Colón en el lugar de partida al descubrimiento del Nuevo Mundo, y que el que existe esté sin terminar y en estado de ruina, para lo cual se decidió aprovechar la parte del actual que se juzgase de posible adaptación, desarrollando la idea de elevar una columna conmemorativa como las de Trajano y Marco Aurelio en Roma.

Se reproduce la columna de Trajano en sus proporciones esenciales, es decir, columna dórica, de cien codos de altura, 29 m. 77 cm., y su decoración se limita al tercio inferior, en que se desarrollarán cuatro fajas de dos metros de altura cada una con bajorrelieve del descubrimiento, conquista, colonización, legislación y misiones, en una palabra, de la labor realizada por España en el Nuevo Mundo.

Creemos con esta nueva y vieja fórmula elevar un monumento que no esté sujeto a los gustos y modas de cada época.

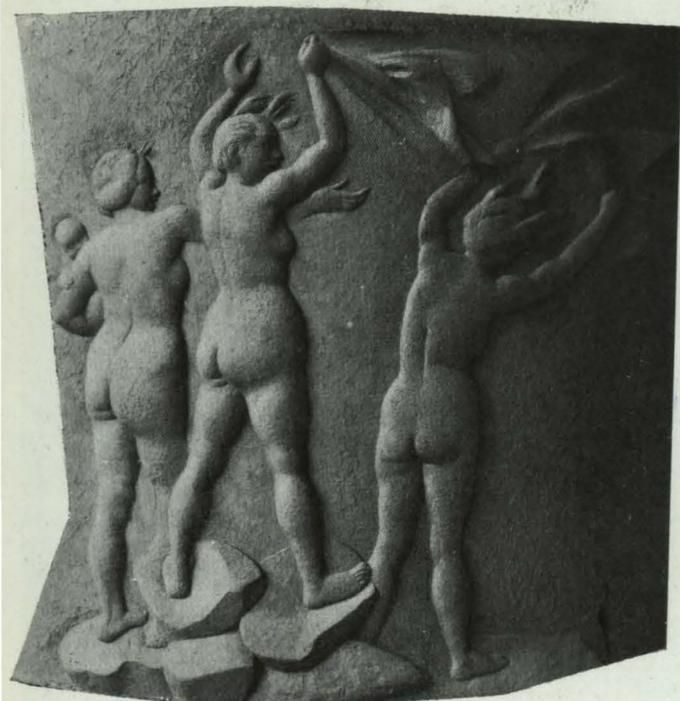
Era fácil estudiar nuevas y diversas realizaciones estéticas para un monumento conmemorativo, basado en pilones, pirámides más o menos estilizadas, siluetas monolíticas, macizos, quizá muy acertados en los años inmediatos, pero que, fatal, inevitablemente, estaban condenados, a largo plazo, a un fracaso.

Huyendo de estas soluciones, hemos preferido ir a buscar temas eternos, como los del arte clásico, que, aunque menos originales, no dudamos darán la perennidad y dignidad necesarios para el monumento del descubrimiento del Nuevo Mundo.

La realización de la obra no se concibe aprovechando la columna actual como apoyo y esqueleto interior del monumento que ha de hacerse. El remate de las columnas de la antigua Roma era una estatua de los correspondientes emperadores, más tarde sustituidos por las de San Pedro en la Trajana y San Pablo en la Antonina. Preferimos remate que perpetúe un hecho, y por eso terminamos el monumento con el Globo Terráqueo y la Cruz, no olvidando los vehementes deseos de la reina Isabel de descubrir nuevas tierras para llevar la religión de Cristo a sus habitantes.

Elevamos la columna sobre el basamento exagonal del actual monumento, aprovechando las actuales escalinatas emplazadas en el lugar más elevado de los pinares que rodean al monumento.

Muy importante colaboración en la obra es la del escultor Angel Ferrant, cuyos relieves han de expresar la emoción de nuestro tiempo ante el descubrimiento.



LA escultura de la columna de La Rábida consta de cuatro relieves en forma de anillos superpuestos, situados en la parte inferior. Se verán, sin embargo, a bastante altura. El colocado más bajo simbolizará «el descubrimiento del Nuevo Continente», siguiéndole el que representa «La conquista de América». Los dos restantes se referirán a «Las misiones» y a «Los virreinos». Actualmente se está labrando el primero, y se halla terminado el modelo del segundo. La superficie de cada uno de ellos mide doce metros de circunferencia por dos de altura. El que la superficie sea curvada, así como su despiece en sillares, no solamente complica la ejecución definitiva, sino la realización de los modelos, que, por estas circunstancias, tanto como por la limitación que imponen los medios materiales asequibles, obligó a ejecutarlos a la mitad de tamaño. Las pruebas o tanteos, que en el proceso de realización, y para tener idea del efecto definitivo, procuran hacerse en el taller o al aire libre, hubieran sido tan costosos, que incluso se prescindió de intentarlos. Es preciso modelar por fragmentos cada tambor, y luego, en yeso, acoplarlos y pegarlos con arreglo a la exactitud geométrica que exige el cilindro, para dividirlo nuevamente en sillares, los cuales, como piezas separadas, quedan así dispuestos para su reproducción ampliada en piedra. Las fases u operaciones por que pasa el modelo no permiten apreciar en su integri-

dad ni el conjunto de la composición, ni, muchas veces, ciertos pormenores de las formas, por lo que las mismas fotografías obtenidas tan sólo pueden ofrecer un aspecto transitorio e incompleto de la escultura.

* * *

Entendí que las gestas de los españoles en América debían simbolizarse procurando, en lo posible, que la escultura hablara por sí misma; es decir, que en las formas pudiera «leerse», sencillamente, el acontecimiento conmemorado. Huí del relieve típicamente narrativo, y renuncié a historiar episódica o iconográficamente los hechos, por no incurrir en campo literario. Me limité a sintetizar en cada composición de conjunto las agrupaciones alusivas a la grandeza de ciertas figuras históricas, y, sobre todo, las impresiones que causan sus hazañas, las cuales me sirvieron para concebir su imagen emblemática o alegórica. Ciñéndome, pues, todo lo posible a los medios propios de la piedra labrada en función plástica, compuse el relieve de «El Descubrimiento». En él se sigue una trayectoria en la que se marca un comienzo: parte inicial. Homenaje-Colón; cabeza en lo alto. A los lados, los Reyes Católicos. Elementos florales — significación de tributo—se entrecruzan en ojivas. En la parte inferior, el Monasterio de La Rábida, lugar de partida. Formas que inducen a dirigir la mirada alrededor de la superficie cilíndrica, señalan un rumbo. Un grupo de mujeres ante el mar (estas figuras me hubiera gustado que quedaran desnudas, pero no pudo ser), familia hispana, dedica su fraterno adiós a las tres carabelas que los vientos impulsan. Luego, la tierra descubierta; el Nuevo Continente, sobre el cual se arrodilla la figura de Cristóbal Colón, en la superficie cilíndrica, lugar antípoda de la parte inicial. Persisten formas señalando el rumbo circulante, que ahora es de retorno. Regresan las naves. Y, al arribar a la tierra patria, con los navegantes alborozados, son acogidas por la población, que las recibe con los brazos abiertos.

